



SANTA MARÍA EGIPCIACA, PERDONADA POR DIOS, ÉL MISMO LA ALIMENTA POR MUCHOS AÑOS

Célebre pecadora de Alejandría que, por intercesión de la Santísima Virgen, se convirtió a Dios en la Ciudad Santa y se consagró a una vida penitente y austera al otro lado del Jordán.

Redacción (01/04/2024, Gaudium Press) Santa María Egipciaca, también llamada la Pecadora, llevó una vida de arrepentimiento y penurias en el desierto durante 47 años. Su historia se la contó ella misma al abad Zózimo, quien la encontró un día.

Al pedirle al religioso que le dijera quién era y de dónde venía, aquella extraña figura de mujer, negra y bronceada por el sol, respondió:

“Padre, perdóname, pero si te revelo quién soy, huirás como de la vista de una serpiente y tus oídos serán contaminados por mis palabras y serás contaminado por mi impureza. Mi nombre es María y nací en Egipto. Llegué a Alejandría cuando tenía 12 años y durante 17 años viví una mala vida allí. Pero un día, cuando algunos habitantes de esa ciudad iban a hacer una peregrinación para adorar la Santa Cruz en Jerusalén, pedí a los marineros que me dejaran subir a bordo también.

Pidió a la Virgen vivir en castidad

“Y así se hizo el viaje. Pero he aquí, en Jerusalén, al presentarme con los demás peregrinos a la puerta de la iglesia, me sentí repelida por una fuerza invisible que no me permitía entrar al templo. Veinte veces me acerqué a las puertas y veinte veces esta fuerza invisible me detuvo, mientras todos los demás entraban libremente, sin nada que los detuviera. Tanto es así que, de regreso al albergue, comprendí que era consecuencia de mi vida mala. Entonces comencé a lastimarme, a derramar lágrimas amargas, a suspirar desde lo más profundo de mi corazón. Entonces, al ver en la pared una imagen de la Santísima Virgen María, le rogué que obtuviera el perdón de mis pecados y el permiso para entrar en la iglesia a adorar la Santa Cruz. A cambio, prometí renunciar al mundo y vivir en castidad.

“Esta oración me dio confianza y nuevamente me presenté a las puertas de la iglesia; y pude entrar sin ningún obstáculo. Y mientras adoraba devotamente la Santa Cruz, un extraño me dio tres monedas, con las cuales compré tres panes. Y oí una voz que me decía que cruzara el Jordán y viniera a este desierto, donde he vivido

durante 46 años, sin haber visto nunca una figura humana, comiendo los tres panes que traía conmigo, los cuales, habiéndose endurecido como piedra, todavía son suficientes para mi alimentación. En cuanto a mis vestidos, hace mucho tiempo que están hechos jirones, y durante los primeros diecisiete años de mi estancia en el desierto fui atormentada por las tentaciones. Pero en el momento, por la gracia de Dios, las he superado por completo. Aquí está mi historia. La dije para que le pidieras a Dios por mí”.

Comulga por primera vez en muchos años

Entonces el anciano, postrándose en tierra, bendijo al Señor en la persona de su sierva. Y ella le dijo: “Escucha lo que te voy a pedir: el día de Pascua, cruza de nuevo el Jordán, trayendo contigo una hostia consagrada. Esperaré en la orilla y recibiré el Cuerpo del Señor de tus manos, porque no he comulgado desde que llegué aquí”.

El anciano volvió a su monasterio y al año siguiente, estando próxima la fiesta de la Pascua, volvió al Jordán, llevando consigo una hostia consagrada. He aquí, que vio que la mujer estaba de pie al otro lado y, habiendo hecho la señal de la cruz sobre las aguas, caminó sobre ellas y así llegó al anciano.

Santa María de Egipto estaba tan elevada en el amor de Dios que, para comulgar, caminó sobre el agua. Dios perdonó todo, olvidó todo, se hizo completamente amor para ella completo y vivió en el matrimonio más íntimo que se pueda imaginar con la gracia divina.

El anciano, asombrado, quiso postrarse humildemente a sus pies, pero ella le dijo: “Padre mío, ten cuidado de no postrarte ante mí, sobre todo ahora que llevas el Cuerpo de Cristo. Pero dignate volver el año que viene.

Al año siguiente, Zózimo no la encontró en la orilla. Cruzó el río y se dirigió al lugar donde la había visto por primera vez. Y allí la encontró muerta, tirada en la arena. Así que lloró amargamente y no se atrevió a tocar sus restos. Y mientras pensaba cómo enterrarla, leyó una inscripción en la arena: “Zózimo, entierra mi cuerpo, da mis cenizas a la tierra y pídele al Señor por mí, que fui libre del mundo el segundo día de Abril.»

Entonces, el anciano cavó una tumba para ella, siendo ayudado milagrosamente por un león, que apareció allí. Y luego el anciano volvió al monasterio glorificando a Dios.

Por el arrepentimiento de su pecado, Santa María Egipciaca alcanzó la cumbre del amor. Pidámosle que nos dé una verdadera contrición por nuestros pecados, pero una contrición en paz, sin escrúpulos; una contrición verdaderamente santa, que acerca nuestras almas a Nuestra Señora.

Texto extraído, con adaptaciones, de Revista Dr. Plinio, abril 2012.